

COLABORACION DE LA VANGUARDIA

LAS LENGUAS DE MAÑANA (1)

UNA PRIMERA AMENAZA

UN amigo, que ahora vuelve de París, me cuenta haber visto en más de una esquina ciertos carteles «alarmistas» respecto al futuro de la lengua francesa. Las inscripciones, al parecer, dicen algo así como: «Si le français serait une langue morte, nous serons tous des assassins!» No garantizo la fidelidad de las palabras, por supuesto; pero la cosa queda planteada en esos términos. Mi comunicante no deja de extrañarse ante el tono melodramático, casi lúgubre, de la advertencia callejera. ¿Tan en peligro está ya el francés? ¿De veras le acecha un auténtico riesgo de «muerte»? ¿Dónde se halla la amenaza? Las preguntas apenas resultan admisibles, de entrada. Y sin embargo...

Pocos idiomas habrá en el mundo tan sólidos como el francés. Es, «por excelencia», e incluso «por antonomasia», el idioma de la Academia, de la autarquía chauvinista, del rigor escolar. A su lado, cualquier otro da la impresión de anárquico, permeable y desasistido. Los Capetos, la Revolución, los imperios y las repúblicas intercaladas y sucesivas procuraron por todos los medios convertirle en «mito nacional», y no sólo le vincularon al concepto mágico del Estado «uno e indivisible», sino que promovieron su disciplina interior hasta un extremo de meticulosidad frígida. Para un francófono culto, cometer una falta de sintaxis con la pluma en la mano es tanto como incurrir en delito de lesa patria. Los «lycéens» inculcan a los muchachos el «automatismo psíquico impuro» de una ortografía enrevesada y un estilo de redactor implacablemente canónico. La mayoría de los periódicos publican secciones fijas destinadas a impartir la gramática entre su clientela. En ninguna lengua escriben tan «bien» los escritores como en francés... De vez en cuando, un Céline o un Queneau —pongo ejemplos próximos— rompen la convención. O mejor: aparentan romperla. Al fin y al cabo, los recursos al argot, a la libertad coloquial, a la sujeción en francés, meros ejercicios experimentales y, desde luego, terriblemente literarios. Sea como sea, la convención nunca vacila. Y, bien mirado, éste es el ideal de todo idioma. Por lo menos, todos los idiomas románicos han aspirado a conseguir las seguridades «académicas», «chauvinistas» y «docentes» del francés.

Y he ahí que son precisamente ellos, los galoparlantes, quienes se adelantan a dar la alerta. Quizá porque tienen más afinada —«et pour cause!»— la sensibilidad lingüística. No lo sé. El hecho es que en París empieza a apuntar el pesimismo. Sin

duda, el mal intuido y denunciado no se presenta como exclusivo del francés. Más bien, al contrario, se diría común a muchas lenguas: en parte, a todas. En realidad, no se trata de un solo «mal», sino de varios, y muy complejos. Pero, insisto, de Francia salen las primeras llamadas de temor.

Que las lenguas son «mortales», es una evidencia archireconocida. Los casos del latín y el griego nos lo recuerdan cada día, en nuestras pobres rutinas de Bachillerato. Ocurra, sin embargo, que las lenguas actualmente «vivas», disponen, o podrían disponer, de defensas nuevas y superiores a las de antaño, bastante superiores, y eso provoca la convicción de que su fortaleza es ilimitada. Por lo demás, en dichas defensas se incluye siempre un enérgico fermento «nacionalista» —y a menudo imperialista— que les proporciona una capacidad de resistencia sin precedentes. En la práctica, no hará falta subrayarlo, unas lenguas son más afortunadas que otras. Las hay con un Estado detrás, y éstas se aguantan en una preciosa, envidiable situación de salud; y las hay que no poseen más apoyo que la inercia o la tozudez de su pueblo, y naturalmente se ven expuestas a la languidez y al colapso, sin contar con eventualidades menos espontáneas. Pero, en general, y consignada la salvedad aludida, la gente no acostumbra a «creer» que su lengua —la del parlante y la Universidad, la de las leyes y los clásicos, la de la Prensa y las cartas comerciales— pueda «morir». Es ésta una hipótesis que no entra en los cálculos del ciudadano corriente.

«Si le français serait une langue morte...» ¿Cómo podría llegar a serlo? No en Francia, ni siquiera —por mucho tiempo— en los países de la «négritude» tribal y pseudodescolonizada, donde nunca fallará un Señor con sus versitos miméticos. Tal vez el asunto ofrezca un cariz menos afectuoso en las zonas árabes, como Argelia, Túnez y Marruecos, aunque de momento tampoco se advierte un grave retroceso «oficial» del idioma ex metropolitano. Y más todavía: dentro del hexágono continental, tradicionalmente plurilingüe, la expansión del francés continúa ganado batallas, y los degradados «patois» —la lengua de los trovadores, entre ellos— se encuentran a dos dedos de la extinción. Los proyectos jacobinos del abate Grégoire hallan hoy, a casi dos siglos de distancia, su cumplimiento total. Y hasta el amodorrado Québec recobra alientos. Nunca se ha hablado tanto francés como ahora. ¿Entonces?

No: el miedo no viene por ese lado. Ciertamente, las vestales de la «Francophonie» están inquietas por algunas anécdotas insidiosas: los moros «arabizantes» sus cologios; los flamencos reclaman y obtienen mucho más; grupos de occitanos y de bretones —escasos, con todo— se yerguen animados de extrañas pretensiones, vernacularizantes... La misma diplomacia internacional tiende a preferir el inglés como trámite regular. Pero todo ello son «peccata minuta». Monsieur Chauvin no los desdeña, claro está. De todos modos, la desazón tiene otras causas. Si más no tiene «también» otras causas. O es otro tipo de «muerte» el que se espera.

En el fondo, existe la vaga sospecha de que, sin dejar de hablar francés, lo que los galoparlantes hablen acabe por ser una lengua muy poco «francesa», o, lo que aun sería peor, una lengua tan depauperada y esquemática que casi resultaría «inservible». Más o menos, tal es la perspectiva que se abre ante cualquier otro idioma: la doble inminencia que le compromete. De una parte, la desvirtuación de su más intrínseca entidad peculiar, en segundo lugar, su empobrecimiento como sistema de expresión. Ambos procesos se desarrollan de manera desigual, según las circunstancias históricas y sociales de cada lengua. No obstante, su fatalidad es idéntica. El slogan transcrito al principio de esta nota parece señalar las responsabilidades de la catástrofe en la multitud usuaria del idioma. Si las deplorables consecuencias que se prevén acaban por consumarse, «nous serons tous des assassins». Asesinos de la propia lengua: o sea, un poco parricidas. ¿Es razonable la acusación?

¿Y no será todo eso, en última instancia, una patatata histórica de los «puristas»? Cada idioma tiene los suyos, y el francés, probablemente, más que los otros. En la república de las letras, y valga la fórmula arcaica, los puristas constituyen una planifolia policíaca de notoria eficacia: espían solecismos, persiguen barbarismos, controlan idiotismos sin olvidar las mil restantes vigilancias que la operación de hablar y escribir permite. Ellos son los depositarios de la ortodoxia verbal. Conservadores, por consiguiente. Y en el peor sentido de la palabra... La «alarma» —francesa o no— será sólo una cuestión de tiquismiquis filológicos, triviales y puntillosos, de estricta suspicacia «nacionaloide».

Joan FUSTER

SIGNOS

PARABOLA DEL ARBOL DE LA QUIMERA

HE visto el primer árbol de Navidad. Lo han traído en un carrito desde el Pirineo catalán, reclamado por una chiquillería y una adolescencia que me rodea en casa amiga, y que lo recibe con el mayor entusiasmo, sin hacer el menor caso a mi extrañeza de que quieran montarlo tan pronto. La prisa de esta generación sin freno me hace sospechar que cuando llegue normalmente la verdadera fecha, el auténtico día de Navidad, ya estarán pidiendo pamelas de paja italiana o abanicos de pay-pay japonés.

El arbolito es un abeto chato y frondoso, muy verde, que todavía arrastra sus raíces terrosas, en gesto desesperado de adiós al suelo de donde le arrancaron para estrujar sus ramas en cesta, someterle a la tortura de un viaje, dejándolo al fin sobre el asfalto de la gran ciudad, atronada de ruidos y movimiento, tan distintos a la paz y el silencio que su alegría de vivir, sentía gozosa bajo el sol y la nieve de una ladera lejana. Como a muchas ideas, y como a muchos hombres, el cambio le ha deprimido, menguado su gentileza y derramando sobre sus ramas una lánguida palidez tristonía, que recuerda la de los poetas enamorados de la Luna y, como contradicción, la piel tostada por el sol de labriegos y jayanes.

Mientras las niñas ordenan, con gusto y delicadeza, un pesebré clásico, los muchachos la emprenden con el árbol, y sin el menor reparo lo plantifican de golpe sobre una espléndida alfombra de nudo, con gran protesta de la señora de la casa y bajo la sonrisa bonachona del papa, que atribuye la brutalidad de sus hijos a una demostración de vigor masculino, que le enorgullece. He llegado a tiempo de evitar que las lindas niñas colcasen sobre el tejado de una choza de Belén una microscópica antena de televisión, y de que los muchachos coigaran de una de las ramas más altas del árbol de la paz una magnífica ametalladora de chocholate.

Me gustaría conocer la historia del abeto. Saber quién lo plantó, y qué mal viento llevó hasta su tronco las manos perversas que le arrancaron de su paraíso. En el «Génesis» se dice que en el centro de otro Paraíso había dos árboles: el árbol de la Vida y el árbol de la Ciencia del Bien y del Mal. El árbol de la Vida era inmenso, frondoso y daba la inmortalidad. Del árbol de la Ciencia no se dice nada. Un comentarista cree que sería mezquino y triste. Parece ser, que Dios al tener a Adán delante, le dijo que podía comer de todos los frutos del jardín, pero que cuidase mucho de alcanzar el fruto del árbol de la Ciencia, porque moriría irremisiblemente. Y así fue. Este abeto que llega de otro paraíso mucho más modesto, pero también obra de Dios, me parece el árbol de la quimera, tan lejos del de la Ciencia como cercano al de la Vida. Una vida, ilusa y soñadora, que crea fantasmas y fantasías tan absurdas como indispensables para vivir. Tal vez el tronco siente nostalgia de su insomnio bucólico cuando ahora se encuentra entre luces, canciones, campanas y taponazos, entre risas y vitores. El insomnio —algunos hombres lo sabemos— es una concesión divina para vivir más, porque el sueño es muerte y roba horas de vivir y de pensar.

Este pequeño abeto que acaba de aparecer en un hogar tranquilo es el pionero y hermano de los que sucesivamente le van siguiendo estos días, en ruta a la ciudad, de los mayorcitos, que llapan los escarabates de floricultores, y el piso de las Ramblas; de los gigantes, que adornan la Puerta del Ángel, la plaza de la Villa de Madrid, frente al docto Ateneo, y, por fin, la plaza del Ayuntamiento, en medio de las inquietudes ciudadanas y provinciales. A los pies de alguno de estos colosales surgen figuras que aspiran a recordar los personajes del nacimiento, y que a mí me recuerdan el sucedido de una señora tropezando con un cateto a la salida del Metro. El pueblerino, airado, exclama: «¡Señora! ¿Dónde tiene usted los ojos?» Y la señora, sonriendo, le replica: «Pues en su sitio, ¿dónde quería usted que los tuviera? ¿O es que se cree usted que soy una figura de Picasso?»

Pero aunque este abeto sea hermano menor de los colosales y de los medianos, es otra cosa, tiene otra gracia, quizás luce su belleza mate con mayor elegancia dentro de su pequeñez, porque se limita a alegrar la felicidad, modesta y recatada, de una familia vulgar, huyendo de vanidades y fanfarrias.

Hay momentos en que creo, como el personaje de Baroja, que desde que nací todavía no me he despertado. Pero como comprender más es desear menos, no me arrepiento. Prefiero, a pensar en los dos árboles bíblicos tan simbólicos, contemplar la húmida ternura de este diminuto abeto que han traído en un carrito desde el paraíso perdido del Pirineo catalán, y que nos ofrece el encanto de la quimera.

Pablo VILA SAN-JUAN

Fabricantes Reunidos/punto y confección p: de gracia, 94 (Junto LA PEDRERA)

El frío no se compeadece de nadie NUESTROS PRECIOS SI Jerseys, «Maxi», vestidos punto y MILES DE ABRIGOS ¡última moda! a precios CONGELADOS

Nota: Por 1.000 ptas. le abrigamos a usted y a su familia

CAPITALIZADORA CLAVIJO, S. A. BARCELONA: Fernando, 34

Resultados del primer sorteo del presente mes de la Lotería nacional

Primer premio 21.404

Símbolo para el cobro anticipado en efectivo del capital nominal (Series 10 - 15, 15 - 20 y 20 - 20):

4 últimas cifras del 1.er premio 1.404

Símbolo para el cobro en efectivo de capitales adicionales (Series 10 - 20 y 15 - 25):

3 últimas cifras del 1.er premio 404

PLAZAS DE ECONOMISTAS CONDICIONES

Edad: de 23 a 35 años. Nacionalidad: española. Título: Licenciado en Ciencias Económicas (Sección de Económicas y Comerciales) o Intendente Mercantil o Actuario de Seguros

SOLICITUDES

Dirigidas al Director de Personal y Asuntos Sociales de la Compañía Telefónica Nacional de España, Valverde, 2 Madrid. El plazo de admisión finaliza el día 15 de diciembre de 1969.

INFORMACION

En las oficinas de la Compañía Telefónica en esta capital, Avda. de Roma, 143-147, 4.ª planta.

COMPAÑIA TELEFONICA NACIONAL DE ESPAÑA

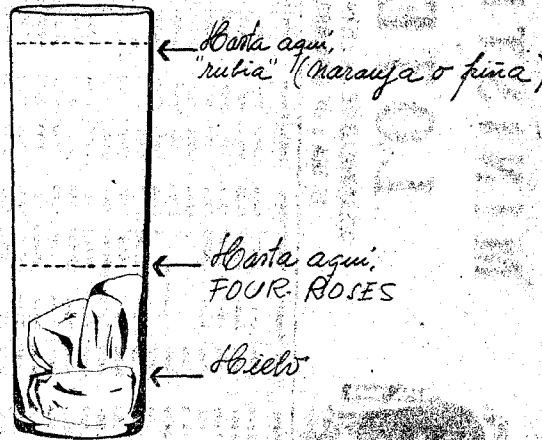
CAMBIAMOS su viejo TELEVISOR

Frigorífico o Lavadoras Abonándole hasta 10.000 PTAS.

y el resto con las máximas facilidades. Los primeros en calidad, sin límite de marcas. Consulte sin compromiso. Aragón, 343. Tels. 257-60-96 y 258-02-62

Nueva fórmula/FOUR ROSES "on the rubia"

Nosotros ponemos el Whiskey y usted la rubia... (o la morena)



Fórmula para Four Roses "on the rubia": Four Roses Bourbon, naranja o piña y hielo.

Fórmula para Four Roses "on the morena": Four Roses Bourbon, cola y hielo.

Y además, Manhattan, Old Fashion, Coctelería: Four Roses Bourbon es el whiskey indispensable para combinar.

Con rubia o morena: a su gusto. Four Roses Bourbon se toma siempre bien acompañado.

Agente General para España: VARMA, S. A., Bernardino Obregón, 20, Madrid. REPRESENTANTES EN CATALUÑA: Barcelona (Capital), Tarragona y Lérida; MARTIN ALOS, S. A., Gerona, 22. Barcelona - Tel. 226 82 25. Barcelona (Provincia) y Gerona: C.A.V.I.S.A.-Llagostera (Gerona) Tel. 58